

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 77

25 cénts.



LA RAZÓN EN LOS PUÑOS

por FRANK MERRILL

NELSON, Jack / CRAFT, William James

BIBLIOTECA ILUSIÓN

LA RAZÓN EN LOS PUÑOS

(BATTLING MASON, 1924)

NOVELA CINEMATográfica, BASADA EN LA PELÍCULA
DEL MISMO TÍTULO, DE LA QUE ES PROTAGONISTA
EL NOTABLE ACTOR

FRANK MERRILL

POR

ROQUE FORT

EXCLUSIVA DE "COMERCIAL FILMS"
BELART Y SIMÓ

CALLE BALMES, 74, PRAL. - BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

La razón en los puños

Allá en las colinas, en las llanuras del Wild West, todos los miembros de la familia Masón murieron de muerte violenta; pero sus últimos componentes se trasladaron a la ciudad, y la raza degeneró.

Era la última rama del árbol frondoso de la familia, Aurelio Masón, a quien la civilización, con sus refinamientos y sus comodidades, había hecho blando e inútil, aun cuando todavía, y como una herencia ancestral, quedaba en él cierta tendencia viril a amar el peligro y la violencia.

Aurelio era el prototipo del sportman platónico, y decimos platónico, porque no se dedicaba a ningún deporte realmente, aunque era acérrimo partidario de todos, como no fuese al de darse una vida lo más regalada posible, a costa de su tío Felipe, sin pensar en nada ni siquiera en el amor.

Contrastando con este tipo de la más depurada elegancia, estaba su convecino, Eduardo Clasky, una especie de demostración viviente de que la brutalidad puede ser compatible con la ambición, cosa que nadie ha puesto jamás en duda, al menos que nosotros sepamos. La ambición de Clasky era la de sentarse en los escaños de la Junta Municipal; es decir, ser concejal.

Y si Clasky representaba la brutalidad, su amigo Crispin Collis, representaba, a su vez, la picardía, tanto, que hubiese estado en su elemento en el patio de Monipodio, al lado de Rinconete y Cortadillo.

Cuando comienza esta historia, Aurelio Masón, llamado a ser su protagonista, se disponía a dar una vuelta por la ciudad, en su flamante auto, que paga el tío, como lo paga todo, en tanto que Eduardo Clasky, encastillado en su centro electoral, recibía la visita de su Mecenas: de Crispin Collis, el agente reclutador de votos.

El objeto de aquella visita no era otro que darle cuenta del resultado de sus gestiones; mejor dicho, que intentar sacarle unos cuantos dólares, cosa mucho más difícil, con serlo mucho, que sacarle concejal.

—Sí, Clasky, sí—le dijo apenas hubo entrado—. El distrito Norte se ríe de sus pretensiones. Dicen los electores que más que para concejal sirve usted para barrendero.

Y añadió, al cabo de una breve pausa, dedicada a observar el gesto de Clasky:

—Pero si usted pone unos cuantos billetejos en mis manos pecadoras, haré una campaña de prensa que elevaré su nombre hasta las nubes.

La cara que puso Clasky al oír esta salida de tono, que era un verdadero atentado a su bolsillo, no dejaba lugar a duda: estaba dispuesto, decidido, a dar a Collis todo, ¡todo!

menos el dinero que de él pretendía.

Y uniendo la acción al pensamiento, se lanzó sobre él, materialmente, le arrojó de la estancia y le dió... le dió con la puerta en las narices.

* * *

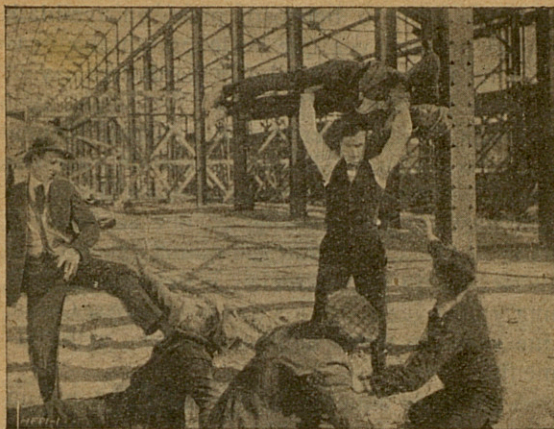
El distrito Norte era el terror de la ciudad, y en él tenía Eduardo Clasky una banda de esbirros a sueldo, cuyas cataduras eran malas, pero cuyos puños eran buenos.

Hasta ellos, que acechaban, en todo momento, la ocasión de prestar algún servicio, a quien les daba de comer, había llegado la noticia de la escena, tan poco alentadora para el electorero, que se estaba desarrollando en aquellos momentos entre éste y el candidato:

—En cuanto Clasky—dijo el jefe del grupo a sus subordinados—le largue el puntapié a ese mosquito de Collis, le cogeremos por nuestra cuenta y completaremos su obra.

La ocasión, en verdad, no se hizo esperar, por cuanto instantes después hizo su aparición el interfecto, que iba cabizbajo y pensativo, como quien acaba de ver desvanecerse, quizá para siempre, su esperanza de tener dinero.

Divisarle los de la banda y lanzarse sobre él fué todo uno, y si bien Collis pudo esquivar la primera acometida, no tardó en verse rodeado de aquella chusma, que la emprendió con él a golpes con una saña digna de un enemigo más temible.



A partir de aquel momento la pelea tomó un giro nuevo...

El improvisado combate pugilístico, ya que también Collis repartía los golpes que podía, pues no era manco, ni mucho menos, no obstante no ser un espectáculo nuevo en la ciudad, no tardó en despertar la curiosidad de la gente, que formó un corro en torno de los beligerantes, alentándolos a la lucha, con sus ademanes y con sus voces.

Nadie parecía dispuesto a poner paz entre aquellos hombres, ni aun para equilibrar un poco las fuerzas, toda vez que eran varios contra uno, que fué en lo primero que se fijó Aurelio Masón, que en aquel instante pasaba por allí en su auto. El encopetado descendiente de las praderas del Wild West sintió despertar su

dormido instinto belicoso, pues, en realidad, era la primera vez que se le presentaba ocasión de terciar en una lucha verdadera... y la ocasión la pintan calva.

Y una fuerza superior a su aparente temperamento tranquilo, le hizo descender del coche y lanzarse, a través de la masa de curiosos, hasta el lugar mismo en que se desarrollaba la lucha, agitando sus puños, mucho más fuertes de lo que parecían y dejándolos caer una y otra vez sobre los que atacaban a Collis, que yacía en tierra molido a golpes, materialmente.

A partir de aquel momento la pelea tomó un giro nuevo y bien distinto. Collis, alentado por el refuerzo recibido, había logrado incorporarse y recobrar bríos, y así, entre los dos, consiguieron abatir a los esbirros de Clasky, poniendo en franca huida a los que quedaron en condiciones de huir.

Entre las personas que habían presenciado la proeza de Aurelio Masón, figuraba Emma Malloy, la flor del barrio, a la que todos respetaban, no precisamente por ella, sino por su hermano Pedro, que era campeón de boxeo de peso medio.

Y si para Emma no había pasado desapercibido el apuesto continente del joven, a éste tampoco había dejado de llamarle la atención la belleza y la cara de bondad de la muchacha, a la que se acercó para saludarla y para ex-

plicarle, sin duda, el por qué de aquella escena que acababa de presenciar.

Pero el agradecido de Crispín Collis no le dejó; atento sólo a su conveniencia, e inoportuno, se acercó a él para expresarle su reconocimiento y darse a conocer.

—Yo era hasta hace un momento el agente electoral de Clasky, pero ese bárbaro acaba de darme la licencia absoluta, y su gente quería deshacerse de mí, por si su amo se arrepentía—le dijo.

—Perder una colocación no importa; se encuentra otra—le contestó Masón, añadiendo: Peor, cien veces, es lo que me sucede a mí, que no tengo otro modo de vivir que una pensión que me pasa un tío mío llamado Felipe, el que me tiene anunciado su arribo y que si viene y ve que no tengo otro oficio que el de paseante, después del dineral que se ha gastado para abrirme camino en el campo de los negocios, me retirará, seguramente, su protección económica.

Collis, al darse cuenta de la calidad de la persona con quien una mueca del destino le había puesto en relación, vió el cielo abierto.

—¿Dispone usted de algún dinero?—le preguntó.

La respuesta de Aurelio Masón no pudo ser más elocuente, ni más alentadora para Crispín, toda vez que, sin pronunciar palabra, le mostró una cartera, tan llena de billetes, que

Collis estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento.

—¡Mi noble amigo! — exclamó apenas repuesto de su sorpresa—. ¡Usted será mi candidato a concejal y desbancaremos a Clasky!... Y así, cuando llegue su señor tío, le encontrará hecho un personaje.

—No me parece mal la idea—le dijo, a su vez Aurelio—. Hablaremos extensamente sobre ello.

* * *

De aquella manera tan providencial y tan original fué nombrado Crispín Collis secretario particular de Aurelio Masón, en cuya casa había establecido su cuartel general, viendo deslizarse los días más satisfecho que nunca de la vida.

La de Aurelio había sufrido también una honda transformación, no sólo en cuanto a su indumento, que le daba aspecto de artista, sino por la corriente de simpatía que se había establecido entre él y Emma Malloy, a la que veía con bastante frecuencia, pues “la casualidad”, esa amable cómplice de los enamorados, se la ponía delante... siempre que ella o él tenían ocasión de verse, y conste que las buscaban harto frecuentemente.

Aquel día, al encontrársele con pantalón claro, chaqueta de falpa obscura y cubierta la cabeza con una enorme boina de terciopelo, no pudo la joven reprimir un gesto de sorpresa.

—Estoy siguiendo, al pie de la letra, el plan



—¡Mi noble amigo!—exclamó Collis, apenas repuesto de su sorpresa.

de Crispín Collis—se apresuró a decir a Emma—. Piensa mi secretario que debo presentarme como un mago de los pinceles para dar más importancia a mi figura...

—¿Y es que estaba bebido Crispín cuando le buscó esa boina?—le dijo la joven.

—¡No-se burle usted, Emma! Piense que llevo esta ropa con el mismo agrado que un presidiario lleva su uniforme.

—¡Bien, Van Dyck, hasta la vista—le repuso Emma despidiéndose, y añadió—: Ya me avisará cuando necesite una modelo... vestida, se entiende.

Y Aurelio entró en su casa un poco amostazado.

—Esa muchacha tiene razón para burlarse de mí—dijo a Crispín—. ¡Me ha convertido usted en el hazmerreír de la gente!

—No crea usted que voy a consentirle que se vuelva a atrás por unos escrúpulos ridículos—le contestó el secretario—. Hay entre nosotros un contrato firmado y lo cumpliremos hasta el final.

—¡A mí no me ata ningún contrato!—gritó más que dijo Aurelio—. ¡El día que me canse de hacer el pelele, esto se acabó!

—¡Bien, mi noble amigo; dejémonos de conversaciones peligrosas! —añadió Collis para dar otro giro a la cuestión—. Aquí tiene usted una carta de su señor tío.

En la carta, que Aurelio leyó con avidez, le decía su tío que le alegraba mucho saber que se rozaba con grandes hombres y con gente del gran mundo, pero que no debía olvidar que el fuerte de los Masón habían sido siempre los negocios y que nunca le hablaba de ellos. Como final le reiteraba su propósito de hacerle pronto una visita.

—Estoy temiendo esta visita de mi tío—hubo de decir Aurelio una vez terminada la lectura de la carta—. Mi tío es una fiera cuando se cree engañado.

—No, pues ahora no le engañamos, porque usted será concejal—arguyó Crispín.

—De todos modos, yo creo que sería conveniente que aplazase la visita. Escríbale diciéndole, con habilidad, que no venga hasta

que terminemos la campaña... Pero guárdese de mencionar, ni siquiera de pasada, la parte que tomé en la lucha. En cambio, haga hincapié en lo que se refiere a mis trabajos de hombre político y de negocios. ¡Ah! Y cargue también la mano en lo del arte y las relaciones sociales.

La carta de Aurelio llegó como era natural, al Oeste salvaje, colmando de alegría al tío Felipe, pues sólo dos cosas le entusiasmaban en el mundo; las cartas de su sobrino y las peleas.

—¡Vaya un sobrino que tengo!—exclamó el belicoso tío Felipe, una vez enterado del contenido de la carta de su sobrino—. ¡El cargo a que aspira debe ser el de gobernador, por lo menos, y yo debo ir allí a ayudarlo!

Y, dicho y hecho; dispuso la maleta y salió para la ciudad, sin nuevo aviso.

Por cierto, que la noche en que llegó, su sobrino se hallaba consagrado a la tarea de rodear de respetabilidad el apellido de los Masón, celebrando un baile de máscaras en su casa que tenía todo el carácter de una bacanal.

Aurelio, encaramado en lo alto de la escalera, dirigía la palabra a sus amigos en el momento en que su tío aparecía en el umbral de la puerta.

—¡Queridos concurdaneos—les decía—, esta será mi última fiesta hasta después de la elección!... ¡Podéis saltar, bailar, rebuznar y romperlo todo! ¡El tío Felipe paga!

Y el tío Felipe estaba allí; sus ojos acababan de verle.

Aurelio, dando pruebas de una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, se dirigió hacia él y le dijo:

—Precisamente... llega usted a tiempo para celebrar mis triunfos en el arte de Apeles, querido tío.

Y añadió, sin dar tiempo a su tío a pronunciar una sola palabra:

—Tengo la satisfacción de presentar a ustedes a mi amado tío Felipe, el mejor de los tíos.

Crispín Collis, dando una prueba de su frescura, se encaró con el recién llegado.

—¡Hola, Rafael Bill!

El tío Felipe le miró de hito en hito y le volvió la espalda.

—Pero oye, sobrino—dijo a Aurelio—: ¿qué relación puede haber entre un baile de máscaras y tu candidatura?... ¡No lo entiendo! ¡A fe de Felipe Masón que no lo entiendo!

—Espere, tío; ahora verá algo bueno—exclamó Aurelio para desviar la conversación.

Y aquel "algo bueno" era un poco de danza apache con la que se pretendía acabar de desconcertar al rudo hombre del Wild West.

Pero el rudo hombre del Wild West no podía soportar con serenidad el trato que el apache daba a su pareja.

—¡A ese canalla le masco yo la nuez! —exclamó como primera providencia para ter-



—¡A ese canalla le masco yo la nuez!

minar asiendo de un brazo al bailarín y diciéndole:

—¡Miserable! ¡Delante de Felipe Masón no se maltrata a una mujer!

—¡Pero si es así la danza!—hubo de hacerle observar Aurelio.

—¿Conque sólo se trata de una danza?—le repuso el hombre del Oeste—. ¡Ahora veréis cómo os hago yo danzar a todos!

Y echando mano a una de las pistolas que llevaba al cinto puso en dispersión a toda aquella gente, incluso al secretario particular, a Crispín Collis, que lucía traje de Mefistófeles.

Cuando tío Felipe se vió solo con su sobri-

no, que era lo que quería, le abordó, sin andarse con embajes ni rodeos.

—¿De modo que esta es tu vida de hombre político y de negocios?—le preguntó, añadiendo, tras unos segundos de silencio—: A ver, enséñame tu estudio. Quiero convencerme de que es verdad lo de tu arte.

Aurelio fué a cambiarse de ropa para acompañar a su tío al estudio y regresó a poco, correctamente vestido de smoking y sombrero de copa.

—¿Qué es eso?—le preguntó su tío al verle—. Ningún Masón se viste de máscara cuando no es Carnaval—añadió.

Aurelio no le hizo caso y, por el contrario, le dijo a su vez:

—¡Aquí no está usted entre ladrones de ganado, tío!... Quítese toda esa artillería.

Y el buen hombre se despojó de su cinturón y de dos grandes pistolas que de él pendían, murmurando, casi entre dientes, mientras realizaba la operación:

—¡Allá, en el Oeste, si te ven con esa chimenea te asesinan!... Pero, en fin, basta de comentarios y vámonos.

—Podemos ir a pie; no hay más que un paso—dijo Aurelio.

Y ambos salieron con dirección al estudio.

* * *

Pedro Mallory, el hermano de Emma, era uno de los personajes más importantes del barrio por el título de campeón de boxeo que

ostentaba, y como todos los "grandes hombres" tenía numerosos enemigos.

Un grupo de éstos, partidario de uno de sus contricantes, aguardaba su paso aquella mañana.

—¡Allí viene Mallory! ¡Duro con él!—dijo uno de los del grupo a sus compañeros.

Y todos aquellos hombres se lanzaron sobre el boxeador, quien, no obstante ser tantos contra él solo, no se dejó abatir tan fácilmente, pues no en balde poseía unos puños a prueba de adversarios.

Cuando más encarnizado era el combate, acertaron a pasar por allí Aurelio Masón y su tío, que iban camino del estudio.

—¡Ah, caramba! ¡Cómo me gustaría meterme en esa pelea!—exclamó el viejo mientras el joven miraba con la mayor indiferencia.

Los dos hombres contemplaron unos instantes cómo se desenvolvía el desigual combate y al ver el tío Felipe que la fuerza del número iba a imponerse a la verdadera fuerza, no pudo reprimirse y, despojándose de la chaqueta, medió en el combate contra los atacantes de Mallory, en tanto que su sobrino se quedaba como ensimismado presenciando la escena.

Un golpecito en la espalda le sacó de su estado de indiferencia. La que llamó su atención era Emma, la hermana del campeón, al que acompañaba en el momento de la sorpresa.

—¿Por qué consiente usted que Crispín Collis le convierta en un fantoche?—le dijo la joven, añadiendo—: Si no lucha usted ahora es porque él se lo ha prohibido.

En tanto, la lucha se había resuelto a favor de Mallory y de Felipe Masón.

—¡Oye, sobrino!—dijo tío Felipe aproximándose a Aurelio—. ¿Te has quedado paralítico?

—No le reprenda, señor—terció Emma—. Yo conozco a Aurelio y sé que si no ha peleado, no ha sido por falta de voluntad.

—¡Gracias, Emma!... ¡Usted me comprende!—le dijo Aurelio, estrechando su mano.

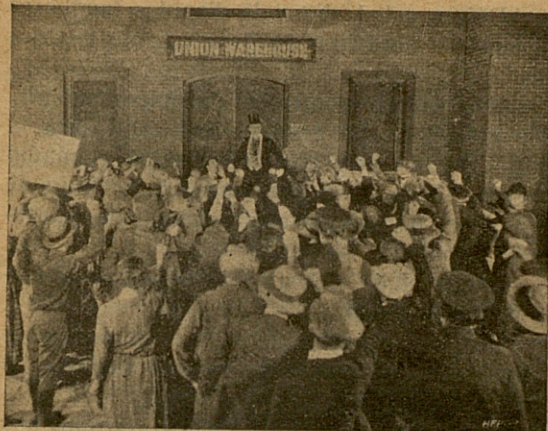
* * *

A la mañana siguiente tío Felipe no había salido aún de su asombro: no se explicaba todavía por qué su sobrino había permanecido de brazos cruzados durante la pelea de la tarde anterior.

—De modo que no puedes explicarme por qué no tomaste parte en el combate de anoche?—dijo a Aurelio—. ¿Quieres que yo te lo diga?—le preguntó a continuación—. ¡Porque eres un cobarde!

—¡Está usted en mi casa y no tengo más remedio que contener mis nervios! ¡Pero algún día le recordaré lo que acaba de decirme!—le repuso el sobrino.

—¡Tú no me recordarás nada, porque te falta sangre en las venas!... Y la culpa la tengo yo, que al rodearte de comodidades he he-



Y en tal punto puede decirse que se acabó el mitin...

cho de ti un inútil, una damisela...—añadió el viejo Felipe, sin poder contener su indignación.

—¡Usted se queda en esta casa, que ha pagado! ¡Yo me voy a vivir al estudio y algún día volveré para hacerle tragar esas injurias!—dijo por último Aurelio Masón.

—¡No creas que vas a asustarme! ¡Aquí te espero!

En el estado de ánimo que es de suponer, llegó Aurelio a su estudio, donde le aguardaba Crispín Collis, muy enfangado en los preparativos de la elección.

—¡Acabo de tener una disputa con mi tío, y poco me ha faltado para romperle las narices!—dijo a su secretario particular.

—Déjese usted ahora de disputas familiares y piense en nuestro contrato—le contestó Crispín.

—¡No quiero contratos ni quiero nada!... ¡Yo concejal... yo gran pintor! ¿Qué dirá la gente cuando vea este esperpento? —añadió Aurelio, fuera de sí, refiriéndose al dibujo de una pose, o cosa parecida, que tenía puesto en el caballete.

—Diga usted... ¿Es un toro o un camello?—le preguntó Crispín.

—¡Es una cabra!... ¿No tiene usted ojos?—bramó Masón rompiendo en mil pedazos el esperpento aquel.

Hubo unos minutos de silencio, durante los cuales se calmaron un tanto los nervios de Aurelio.

—¡Todo se pone en contra mía!—dijo al fin—. ¡Y lo trágico es que no tengo más que diez mil dólares!

—¡Hay dinero de sobra!—arguyó el secretario—. Voy a empezar una gran campaña de prensa que le elevará a usted a la cumbre... pero necesito "pasta".

—En una de sus conversaciones mi tío me aconsejó que me casase... Dice que un político soltero no tiene representación.

—¿Por qué no se casa usted con Emma Mallory? Es una muchacha ideal.

—¡Brabo, Crispín! ¡Es la mejor idea que ha tenido usted! Parece mentira que haya salido de su cabeza.

—¡Corra usted a buscarla!... Yo, entretanto, telefonearé a su tío y el "incidente" le servirá para hacer las paces...

Y dicho y hecho se agarró al teléfono.

—¿Es el señor Masón?—dijo en cuanto oyó que respondían a su llamada—. Aquí el secretario de su sobrino Aurelio.

Por un momento no se oyó lo que hablaban, pero al cabo exclamó Crispín:

—¡Son novios desde hace un año!

Una vez que hubo terminado su breve conversación telefónica con el tío, se volvió a Aurelio y le dijo:

—Usted vaya a presentarle la novia a su tío, mientras yo me encargo de rodear su apellido de popularidad.

* * *

Y así lo hizo Aurelio, cumpliendo tan fielmente las órdenes de su secretario, que como quiera que Emma se resistió un poco, ante la sorpresa que le produjo la visita, Aurelio la cogió violentamente y la zambulló en un automóvil.

Cuando la joven se hubo repuesto un tanto, se encaró con él:

—¿De modo que usted se dedica a raptar muchachas? ¡Vaya usted preparándose de astucia, para cuando mi hermano se entere de esto!

Y acto seguido abrió la portezuela del coche, dió un empujón a Aurelio y le lanzó fuera en el preciso momento en que llegaba a casa

del tío, que se hallaba a la puerta y que tuvo ocasión de verlo todo.

—¡Es el colmo!... ¡Un Masón vapuleado por una mujer!—exclamó el rudo hombre del Oeste.

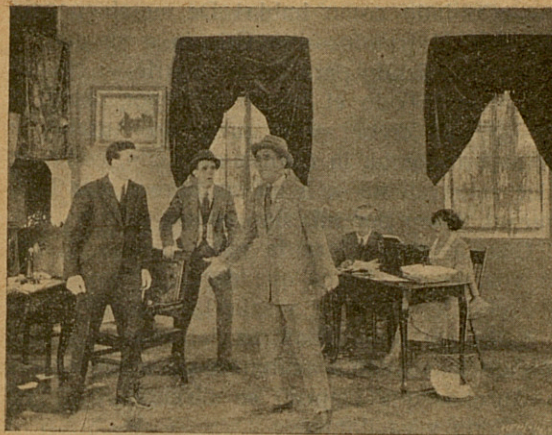
Aurelio salió corriendo como alma que lleva el diablo y se encaminó a su casa, donde le aguardaba Crispín para mostrarle lo que decía la prensa acerca de él.

—¡Feliciteme usted!... ¡Mi plan va viento en popa!—le dijo.

—¡Bueno está su plan!—le respondió Aurelio—. ¡Ya no hay novia... ya no hay boda! ¡Emma me ha arrojado del taxi ante las mismas narices de mi tío!

—¡Nada! ¡Una pequeña contrariedad! Pienso usted en el éxito que le espera esta noche cuando pronuncie su discurso—arguyó Collis—. ¡Y que es magistral! ¡Naturalmente, como escrito por mí!... Vea usted: “¡Ciudadanos conscientes! Mis palabras no son palabras que se lleva el viento. Son la expresión de mi férrea voluntad...”

Y como quiera que la noche se acercaba, Aurelio y Crispín salieron del estudio de aquél, donde se hallaban, para dirigirse al local en que debía tener lugar el mitin electoral, para llegar al cual tenían que atravesar todo el distrito Norte, entre cuyos vecinos llamó poderosamente la atención la presencia de un viandante ataviado como si fuese a un baile de etiqueta, tanto que no faltó quien le preguntó:



—¡Yo amaba a su hermana, quería casarme con ella!

—¿Pero va usted a presentarse en el distrito Norte con esa ropa?... ¡Le apedrean..., ya lo creo que le apedrean!...

En tanto, en casa de Eduardo Clasky se conspiraba contra Aurelio Masón.

—Ese Masón es un peligro—decía Clasky a sus amigos—. Hay que estropearle el discurso de esta noche.

* * *

Y llegó la hora del mitin. El local estaba abarrotado, figurando entre la concurrencia varios de los esbirros de Eduardo Clasky, dispuestos a jugar una mala pasada al candidato contrario.

—¡Cuidado como habla! De su elocuencia depende el triunfo—dijo Crispín a su amo y señor, añadiendo para tranquilizarle—: No tema nada. ¡Todo el barrio está por usted!

—¿Usted cree? — le preguntó Aurelio, a quien no llegaba la camisa al cuello, como se dice vulgarmente—. A mí me parece más bien que no están **por mí**, sino **contra mí**.

Cuando mayor era la expectación, se oyó la voz de un chusco que decía:

—¡Fíjate, se le va a salir la camisa!

Estas palabras, deladoras del estado de ánimo de los oyentes acabaron de desconcertar a Aurelio, que empezó su discurso con voz temblona y vacilante.

—¡Ciudadanos conscientes! — dijo—. ¡Mis palabras son de las que se lleva el viento!

—¡Se equivoca usted! — le hizo observar Crispín a media voz.

—¡Se equivocan ustedes!—repitió Masón, sin saber lo que decía.

—¡Rectifique, por favor, rectifique!—volvió a decirle Crispín.

—¡Rectifiquen, por favor, rectifiquen!—dijo a su vez Masón, en el paroxismo del desconcierto.

Esta tercera coladura cayó como una bomba entre la multitud, que prorrumpió en estrepitosa algazara, llegando al colmo el escándalo cuando un muchacho, inducido por los amigos de Clasky, arrojó sobre la blanca pechera de la camisa de frac de Aurelio una

bola de papel impregnada de alquitrán.

Y en tal punto puede decirse que se acabó el mitin y empezó la desvandada, en medio de la rechifla general.

Aurelio salió a la calle perseguido por la gente, que le colmaba de denuestos, dirigiéndose precipitadamente a su casa.

—¿Qué ha hecho usted?—le preguntó Crispín en cuanto le vió entrar—. ¡Ahora todo lo ha echado a rodar!

Y añadió:

—¡No sólo ha reventado usted su vida política, sino también su vida particular!... ¡Que se lo pregunten a su tío y a Emma!...

Hubo una pausa al cabo de la cual continuó diciendo Crispín:

—¡Bien, en este mundo todo tiene arreglo!... ¡Le demostraremos a Eduardo Clasky que valemós más que él!

—Yo no demostraré nada—repuso Aurelio— porque me he cansado de ser un monigote en manos de usted.

—¡Pero usted no puede volverse atrás!—exclamó Crispín—. Hay nuestro contrato... Además, ¿qué diría Clasky?

En esta conversación se hallaban Aurelio y Crispín cuando hizo irrupción en el estudio Pedro Mallory, dando pruebas de gran agitación.

—¡Levántese usted y explíqueme por qué ha ofendido a mi hermana!—dijo a Masón con tono amenazador.

—Yo amaba a su hermana; quería casarme con ella e iba a presentársela a mi tío.

Emma, que acompañaba a Pedro, compadecida de Aurelio, que no le era indiferente, ni mucho menos, hubo de mediar en la conversación.

—Crispín Collis—dijo—está echando a perder a este muchacho... ¿Por qué no le ayudas tú a ganar la elección?

El boxeador se quedó pensativo unos instantes, y después examinó detenidamente el desarrollo muscular de Aurelio Masón.

—¡Tiene usted un buen brazo de boxeador, amigo!—dijo, al fin, y añadió—: Venga usted a mi gimnasio y yo haré de usted un pugilista completo... ¡Créame, para vencer en su distrito hay que poner la razón en los puños y no en las palabras!...

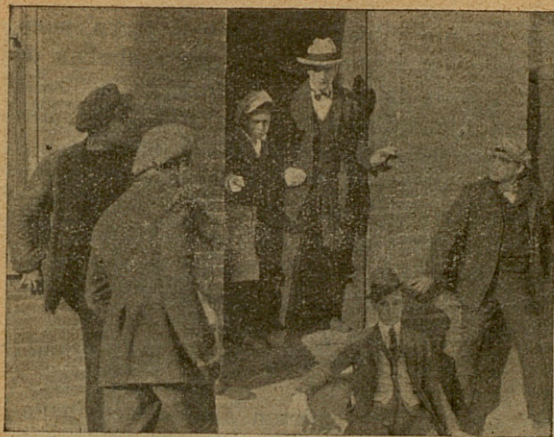
—No me parece más agradable que pronunciar discursos—contestó Aurelio—. Además tengo que arreglarle las cuentas a alguien después de la elección y me conviene estar entrenado.

Crispín Collis, que lo había oído todo, pues se encontraba presente, sin que hiciesen mella en él las indirectas, se apresuró a decir:

—Ahora mismo voy a escribir un artículo para los periódicos diciendo que el campeón de medio peso ayuda a mi candidato.

* * *

Al día siguiente, mientras en el gimnasio de Mallory Aurelio Masón daba las primeras lec-



...y desde el primer momento se entabló ruda lucha entre todos...

ciones de boxeo, llegaban a casa de su tío Felipe unos amigos del lejano Oeste, a los que el viejo cascarrabias había llamado para que distrajesen su tedio.

Mientras tanto, también los secuaces de Eduardo Clasky tomaban fiera venganza de Mallory apoderándose de su hermana y secuestrándola.

Cuando más entusiasmado se encontraba Masón en su entrenamiento se presentó en el gimnasio Crispín Collis.

—¡Ya hay bastante por hoy!—le dijo—. Le necesito a usted en la oficina.

Y una vez en ella le dió la sensacional no-

ticia de que habían raptado a la joven, mostrándole una carta anónima que acababan de recibir, dirigida a Pedro Mallory, en la que le decían que a Emma no le pasaría nada malo, pero que sería en bien de ella y de todos que el boxeador y sus amigos dejaran de apoyar la candidatura de Masón.

—¡Esto es obra de Clasky!—exclamó Mallory en cuanto hubo terminado la lectura de la carta—. ¿Quiere usted ayudarme a rescatar a Emma?—preguntó a Aurelio.

—¡Sin vacilar!—le respondió éste—. ¡Vamos allá ahora mismo!

Y rápidamente salieron ambos, acompañados por Crispín Collis, con dirección a casa de Clasky.

* * *

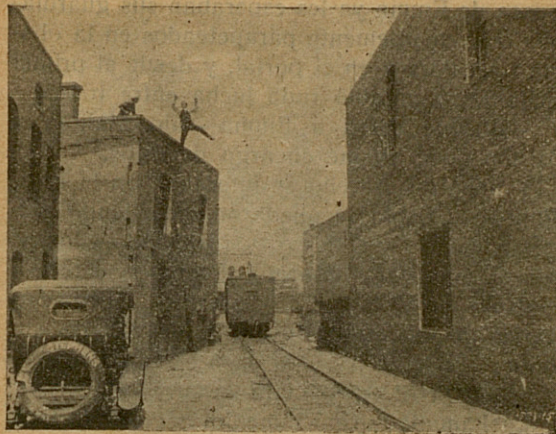
En la guarida del aspirante a concejal se encontraba éste rodeado por varios de sus incondicionales, dando los últimos toques al plan de su campaña electoral cuando hicieron irrupción Mallory, Masón y Collis.

—¿Dónde está Emma?—preguntó Mallory a Eduardo Clasky, asiéndole fuertemente por el cuello.

Y tanto apretó que Clasky pudo apenas decir:

—¡Basta, basta! ¡Ya lo diré!

—¡Habla pronto, o te estrangulo!—dijo a su vez Masón a otro de aquellos hombres, al que tenía atenazado fuertemente por la garganta también.



Aurelio venciendo no pocos obstáculos ..

—Está en casa de Regan—exclamó éste. Oír esto y salir disparados Aurelio y Pedro fué todo uno.

En cambio, Collis, antes de salir tras ellos se permitió gastar una chirigota a Eduardo Clasky:

—¿Qué le parece mi candidato, querido Clasky?—le dijo, y echó a correr.

Tan pronto hubieron abandonado la estancia los tres hombres, Eduardo Clasky telefoneó a casa de Regan para prevenirle.

—Ahí van "esos" en busca de la muchacha—dijo—. Apoderaos de Mallory.

Así, pues, cuando llegaron los que iban en

busca de Emma ya les esperaban sus guardianes convenientemente parapeteados en la obscura escalera y en el portal, y desde el primer instante se entabló ruda lucha entre todos.

—Busque usted a Emma—dijo Mallory a Masón—que yo me encargo de estos.

Y mientras Aurelio se internaba en la casa, Pedro y Crispín se quedaron repartiendo golpes a diestro y siniestro y recibiendo ellos no pocos, como era natural y lógico.

Collis, en un momento de respiro, logró acercarse al teléfono y gritar a través de sus hilos:

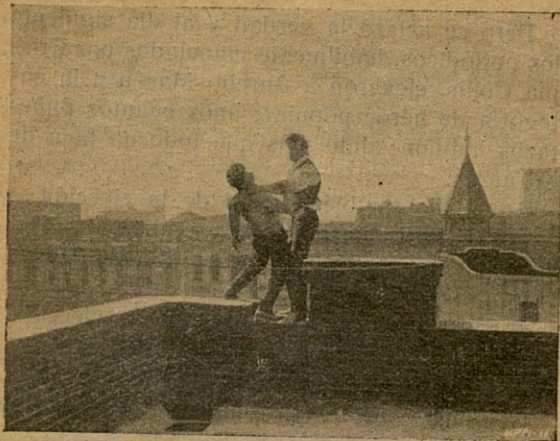
—¡Socorro!... ¡Policía!...

La llamada surgió inmediatos efectos e instantes después llegaba a casa de Regan un pelotón de agentes y con ellos un automóvil, por si eran necesarios sus servicios, que sí lo fueron.

El arribo de la autoridad no pudo ser más oportuno. Mallory luchaba a brazo partido con el propio Eduardo Clasky, que había acudido en ayuda de su gente; y Aurelio Masón peleaba igualmente por quitarse de delante a los que custodiaban a Emma, hasta cuyo encierro había logrado llegar.

La policía se impuso a todos, sin detenerse a averiguar de parte de quien o de quienes estaba la razón, y uno por uno les fué acomodando en el automóvil para conducirlos a la Comisaría.

A Aurelio, que se atrevió a protestar de la



... y Aurelio Masón peleaba igualmente...

medida que con él se tomaba, le contestó el jefe de la fuerza:

—¡Nada de excusas! ¡Al coche con los demás!

A Crispín tampoco le valió pretender invocar su condición de periodista.

—¡Bien, hombre, bien!—le dijo el representante de la autoridad—. Ya se lo contará usted todo al juez.

Y una vez en el centro policiaco Aurelio logró hacerse oír.

—Un instante—dijo—. Yo me permito declarar que aquí se ha hecho una absurda mescolanza de culpables e inocentes...

* * *

Pero se aclaró la verdad y al día siguiente los periódicos, hábilmente manejados por Crispín Collis, elevaron a Aurelio Masón a la categoría de héroe popular; unos cuantos puñetazos habían valido más que todo un plan de estrategia.

Aquel día también era el de la elección.

Por la tarde, después del escrutinio, se presentó Pedro Mallory en el estudio de Masón con la alegría reflejada en el rostro.

—¡Hurra!... ¡Ha ganado usted la elección, Masón!... ¡Nada menos que por mil votos!—dijo, arrojando al aire su sombrero.

Y añadió, mientras retenía a Aurelio entre sus brazos:

—Me debe usted una esposa y un cargo... ¡Creo que no me he portado del todo mal!

—Me falta una cosa para que mi felicidad sea completa... ¡Soltarle un buen directo en las narices a mi tío!—dijo Aurelio.

—¡Sí, pues vamos allá!—exclamó Pedro Mallory.

Y acto seguido se encaminaron todos a casa del tío Felipe, en la que entraron estrepitosamente.

El hombre del Oeste, al oír el escándalo, abandonó el lecho, en el que se encontraba ya, y salió al vestíbulo en paños menores.

—Le dije a usted que volvería, y aquí estoy—dijo Aurelio en tono amenazador.

—¡Se me acabó la paciencia!—exclamó el

tío—. ¡Esto, en mi tierra, equivale a un reto de combate!

—¡Pues hágase usted cuenta de que está en su tierra!—le contestó su sobrino.

El viejo no se hizo repetir la invitación e inmediatamente comenzó a ponerse los guantes de boxeo, operación que también realizó Aurelio.

Y los dos hombres, el viejo y el joven, se enfrentaron y empezó el match familiar.

Como era de esperar, desde el primer momento se hizo patente la superioridad de Aurelio, quien después de jugar materialmente con el improvisado luchador le tendió sobre el tapiz de un soberbio puñetazo en pleno rostro, exclamando, cuando le vió en tierra:

—Ha sido una pequeña caricia sin consecuencias.

El tío Felipe tardó un rato aún en reponerse y cuando, al fin, se dió cuenta de donde estaba y de lo que había ocurrido, se incorporó y tendió la mano a Aurelio.

—¡Siempre he dicho que eras un verdadero Masón, y hoy lo repito con orgullo!

—¡Y yo, con orgullo también, le presento a usted a su futura sobrina, a Emma Mallory!

—Y de mí, ¿qué va usted a hacer?—preguntó Crispín Collis.

—A usted me le llevaré yo al Oeste para semilla de micos—le contestó el tío Felipe.

FIN

8. 19-2-6/8

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

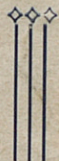
- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray, traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guardiola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



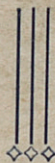
Precio: 60 céntimos

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas